



En plena filmación: Cristián Campos y Rodolfo Bravo

## RESEÑA

# In illo tempore

□ **“Tejado de vidrio”, en el Camilo Henríquez, recrea con humor el ambiente de 1972**

David Benavente comenzó como autor propiamente tal con *Tengo ganas de dejarme barba* (1964); después creó en forma colectiva con Ictus (*Pedro, Juan y Diego*) y el TIT (*Tres Marías y una Rosa*) y ahora, nuevamente de llanero solitario, volvió — con *Tejado de vidrio* — a la temática de sus comienzos, o sea las inquietudes y problemas de la juventud de clase media y alta.

La acción está ambientada en 1972, en pleno período de polarización política. Hijo de un terrateniente, Nato (Cristián Campos) es un joven cineasta dedicado a la filmación de una película, surrealista en más de un sentido. Otros personajes son su hermano Juan Eduardo (Cristián García Huidobro); Benjamín (Mauricio Pesutic), dirigente estudiantil (del Mapu y la UC, aunque no figuren por su nombre); el mozo de la casa, Segundo (Rodolfo Bravo), y un dirigente campesino (Aldo Bernales).

Nato es la indefinición personificada: en lo personal, en lo político, incluso en el campo profesional. Tiene temor a comprometerse, en el terreno que fuere; le penan traumas de infancia y del colegio religioso donde estudió. Su hermano no tiene problemas de esta índole; en él están firmemente arraigadas las tradi-

ciones familiares y es derechista. Por otra parte, en Benjamín la postura política se expresa en una sucesión de frases hechas y su inmadurez salta a la vista; mientras, Ana María ama a Nato y busca, ante todo, liberarse de su padre y del ambiente familiar.

La obra de Benavente enfoca un período que, diez años más tarde, todavía es conflictivo. Valiéndose del humor, tanto respecto de los personajes como de situaciones propias de la época, el autor utiliza la risa y a veces una implícita ironía, dejando una sensación de gran inmadurez en seres enfrentados por situaciones que les quedan grandes; a su vez, este humor es un medio a través del cual el propio dramaturgo evita definirse frente a los acontecimientos. En el fondo, lo contingente de la época no es lo que preocupa en un primer plano a Benavente; más bien es un marco que utiliza para mostrar los problemas de sus personajes, adolescentes aún, a pesar de que ya debieran ser más adultos.

Sobre todo en el primer acto, la obra corre con un ritmo vertiginoso, de carcajada en carcajada y de situación en situación; lo que es un testimonio, tanto del oficio alcanzado por el autor como de la calidad de la dirección de Jaime Vadell. En la segunda parte, la estructura es menos sólida y hay recursos endebles como la tensión creada por la llegada del uniformado a la casa, el que resulta ser un chino de Pekín (en una caricatura fuera de tono con el resto de la obra). Salvo, en parte, la labor de Bernales, los actores dan el clima de espontaneidad que se exige, luciendo especialmente Rodolfo Bravo, pero también con aportes logrados del resto, los que están bien complementados por el decorado de Susana Bomchil.

Hans Ehrmann ■